

Soy un artista marginal y un célebre desconocido

El venezolano cuenta los motivos por los cuales reside en Nueva York, explica cómo vive y lo que piensa de su vida

José Pulido / Enviado Especial

Nueva York

Un caballo negro y grande cuyo pelaje recoge como un imán algunas partículas de sol, arrastra un carruaje por la Quinta Avenida. Debajo pasa el largo temblor del Metro y en un décimo piso Alejandro Otero sopla sus últimas esculturas con un ventilador. Una de ellas muele con sus aspas un trozo de caballo que se refleja con un pedazo de cielo y de árboles sin hojas en el cuadrulado espejo del edificio de enfrente.

¿Qué representan las esculturas de Alejandro Otero? Las que tiene en su apartamento son pequeñas pero generalmente sus obras pesan varias toneladas y donde son colocadas queda una impresión imborrable de nave interplanetaria llegada de mundos desconocidos. "No sé cuando comenzó a nacer en mi este trabajo", dice el artista, pero sí está seguro de que no hay referencias naturales en sus esculturas, aun cuando se mueven con el viento, usan el sol y entran en juego con el ambiente que las rodea.

"La temática que me interesa -agrega-son todas esas características nuevas del siglo, de la época; el nuevo concepto del espacio, la fisión nuclear, los viajes interplanetarios: es algo muy lanzado hacia el futuro" En el Museo del Aire y del Espacio de Estados Unidos, donde está expuesta la cápsula que fue a la luna, el símbolo es una gran escultura que miles de norteamericanos y gente de todo el mundo observa diariamente. El escultor que la hizo es célebre aunque su nombre no puede verse porque está prohibido acercarse hacia una especie de piscina en donde figura la firma. El artista se llama Alejandro Otero. El dice que le interesa la tecnología pero los objetos tecnológicos sólo son fascinantes por la aventura que recorren, como un satélite que vuela y comunica, una computadora, un teléfono. Lo importante es aquello que hacen y no su forma. Las esculturas de Otero son una tecnología para el alma. "No vuelan, no cumplen una función tecnológica, pero la gente descubre las nubes, mira la noche y se motiva con el sol. Son como metáforas y prefiero que estén colocadas cerca de la naturaleza, un poco alejadas de las ciudades" comenta.

Sus aparatos son juguetes sencillos pero cuando se mueven y "mueven" el sol, se transforman en referencias poéticas. "¿Cómo fotografiar lo que hace una computadora?" se pregunta Otero y la respuesta es una escultura. **NUEVA YORK COMO ALTERNATIVA**

Alejandro Otero señala que se vino de Venezuela "un poco echado por los copeyanos". Manifiesta que le quitaron la posibilidad de hacer varias obras y le acusaron injustamente de



haberse enriquecido por ser amigo de Carlos Andrés Pérez. "Sólo vendí una escultura que está en Bogotá que me pagaron en 250 mil bolívares y que tuve que llevar en camiones hasta Colombia. Vine a Nueva York de vacaciones, a descansar y a cambiar ideas con los amigos. En esta ciudad me quedé porque trabajo con tranquilidad. Compré un apartamento y vivo de mi trabajo"

Otero comenta que Venezuela no ha cumplido con Brasil un convenio que se hizo: Sergio Camargo entregaría a Venezuela una escultura y Alejandro Otero entregaría otra a los brasileños. Camargo colocó la suya en el Museo de Bellas Artes en 1979, pero la de Otero no ha sido enviada al Parque de Sao Paulo donde debería estar. El símbolo del Museo Rufino Tamayo, de México, también iba a ser una escultura suya por petición del propio Tamayo, pero fue otro proyecto que "echaron hacia atrás". "También tumbaron un

proyecto para conmemorar el Sesquicentenario del Congreso Anfictiónico en Panamá", apuntó.

"Me vine desesperado de Venezuela y aquí estoy, haciendo esculturas pequeñas, transportables, que un amigo me financia", explicó. Más adelante dijo que no tiene mercado en Caracas ni en Nueva York, pero él y su esposa se mantienen dando clases. No participa mucho de la vida neoyorkina, va poco a las exposiciones, no expone sus obras y prefiere estar sólo trabajando en su apartamento. Le gusta caminar y cree definitivamente que el arte funciona en la calle.

"Soy un marginal, un artista marginal que no ha tenido la secuencia de una carrera de éxitos. ¿Quién sabe qué la escultura del Museo del Aire y del Espacio es mía?, soy un célebre desconocido"

UN LIBRO EN MILAN

A principios de 1984 saldrá en Milán un libro sobre la obra que expuso en la Bienal de Venecia. El texto de este libro son 112 testimonios escogidos entre tres volúmenes de manuscritos que los visitantes de varios países dejaron después de ver la escultura de Otero. Los 112 manuscritos serán fotografiados y traducidos en ese libro. "La técnica puede ser interminablemente bella y musical", reza uno de los testimonios.

Otero dice que el arte tiene un papel moralizador y se preocupa porque el artista de hoy no parece aceptar el reto de la aventura del siglo veinte. El papel del artista está al lado de la gente, del científico, del filósofo, del político. "El artista tiene que estar en la pelea". El arte verdadero es indagación. El artista que no capta el presente cae en esa falla porque no tiene afinado un instrumento para observar el hoy. Por eso hay regresión en el arte. La regresión significa ignorancia", señaló.

En Nueva York y en otros países nota que hay explotación y comercialización de facilismos, de algo que no es un trabajo artístico sólido. Puso como ejemplo a un artista de unos veinte años que en alfombras viejas pega tazas rotas y las galerías comerciales venden la "obra" en miles de dólares.

El caballo negro de la Quinta Avenida se ha ido o tal vez está ahora dentro del acero brillante de la escultura que se mueve como un módulo espacial recién llegado de otras galaxias. Las hojas, mostazas, amarillas, sonrosadas, que el otoño arranca de los árboles, giran en un remolino y suben hasta el espacio del décimo piso. También una página de periódico está subiéndose. Alejandro Otero se moja un dedo en la boca como si fuese a pasar la página de un libro. A veces debe sentirse como un marciano.